

**El Cardenal Raúl Silva Henríquez,
educador salesiano
Padre Augusto Aliaga R.**

El Padre Augusto le debe su vocación sacerdotal salesiana, en buena medida, a don Raúl, a quien quiere y respeta profundamente. Hoy ambos están juntos; el Padre Augusto dirige la Casa de Salud Salesiana donde el señor Cardenal recibe las cariñosas atenciones del que fuera su discípulo.

La figura paterna y bondadosa, que al mismo tiempo infundía un gran respeto, del entonces Padre Raúl Silva, ha quedado grabada en los recuerdos de todos los que lo tuvimos como profesor de Religión y Director del Liceo Manuel Arriarán Barros.

Es interesante que el impacto que recibimos de él todos los compañeros de curso, significó el mantenernos unidos a su persona a través de los años y cada cierto tiempo reunirnos con él.

La razón profunda, a juicio de todos, es que la personalidad del Padre Raúl Silva nos conquistó y la irradiación de su espiritualidad marcó nuestra vida con la figura de ese Jesucristo tan atrayente que él nos presentó en sus clases y sermones. Cuando nos hablaba de Cristo las frases se hacían fluidas, su voz tomaba un acento profético, de gran emotividad, lo que nos impactaba enormemente.

A partir de esa, mi experiencia de alumno he sistematizado mis recuerdos, complementándolos con los de otros compañeros de curso, y es

lo que aquí presento como parte de mi testimonio del Cardenal Raúl Silva como educador:

Un Conocedor profundo de las personas: Una de las cualidades sobresalientes, que admirábamos en el Padre Director del Colegio, era su capacidad de interiorizarse del joven y conocerlo tal cual era. Al conversar con algún compañero, al encontrarlo en su camino o al interrogarlo en clase, sus ojos se detenían un instante en su interlocutor, la mirada se hacía profunda y era evidente que se había formado un juicio cabal de ese joven. Como consecuencia de esta capacidad de plasmarse de cada joven, existía en el Colegio atmósfera en que cada cual sentía que el Padre Director conocía sus defectos y cualidades.

Este don de conocimiento del ser humano, unido a su comprensión y franqueza nos hacía tenerle un gran respeto y acudir a conversar con él, en la plena seguridad que nos sentiríamos bien acogidos e iluminados, con alguien que nos conocía y, por lo mismo, nos comprendía.

Admirábamos su don de gentes, su capacidad organizativa, su claridad para exponernos las problemáticas más difíciles. En su mirada penetrante había destellos de un fuego interior, tras el cual nos hablaba Cristo. Lo respetábamos porque lo queríamos, como alguien muy cerca de nuestra realidad juvenil.

Su actitud de respeto hacia el niño: En todas sus determinaciones afloraba un gran respeto por los niños. Esta actitud lo llevaba a no imponer nada contra la voluntad de ellos. En los recuerdos que conservan quienes lo conocieron como Director en otros Colegios Salesianos, se repite esta actitud de respeto. Ella era expresión de confianza plena en el niño, en su potencialidad, en decirle con los hechos: tú eres capaz.

He conversado con un amigo, al que su padre quería, contra su voluntad, internarlo en el Patrocinio de San José. El Director, que era el Cardenal, pidió conversar primero con el niño. Fueron a dar una vuelta, durante la cual preguntó al joven que es lo que quería. Luego de comprender que había una rebeldía total de parte del joven ante la imposición del padre, le dijo que estuviera tranquilo. De regreso informó al papá que no había vacantes en el curso en que quería matricular a su hijo. Hasta hoy esa persona admira el respeto con que lo trató el Cardenal.

Exigente, pero paternal. Sin dejar de ser severo y exigente se demostraba con cada uno de nosotros bondadoso y paternal. Nuestro

recuerdo del Cardenal, como educador nuestro, nos indujo a relacionar la imagen de Dios con su actitud paterna, que manifestaba siempre una bondad amable y acogedora.

En esa actitud él nos hacía partícipes de un principio pedagógico fundamental: conquistar al niño, a través de actitudes amables y hacerlo vivir en el colegio una experiencia bondadosa de Dios, a través de un clima que traducía el "espíritu de familia".

Conocedor de la realidad chilena, el Padre Silva percibía, en la gran mayoría de nosotros, la necesidad de cariño y afecto. Descubría que la imagen de Dios para muchos era la de un juez castigador, fruto de la religiosidad vivida en el hogar. Por eso, a través de su modo comprensivo de tratarnos nos ayudó a redescubrir en Dios a un Padre, que por amor nos ha creado y por amor nos ha dado a Jesucristo como amigo y hermano.

Recuerdo que al morir mi hermano Domingo, mi mamá fue a hablar con él, ya que debido a los muchos gastos que había significado su enfermedad y su muerte, no podía pagar mi mensualidad del Colegio. Se produjo una escena que llevo grabada: al concluir ella de exponerle la petición, en que le hizo presente el gasto por mis hermanos que estaban en el Seminario de Macul, el Padre Raúl le dio un beso en la frente a ella y a mí. Me emocionó ese gesto de padre, que a la vez era un reconocimiento a todo lo mucho que mi mamá había trabajado y sufrido. Era un estímulo de aliento para que continuara cumpliendo su rol de madre. Luego, él mismo conmovido le dijo que no se preocupara, porque don Bosco se haría cargo de mí. Desde ese día yo quedé libre del pago de la mensualidad en el Liceo Arriarán Barros.

Dirección Espiritual. Era nuestro confesor querido. Nuestra predilección de confesarnos con él nacía de constatar que era acogedor y siempre estaba animándonos. A través de los encuentros, en el confesionario nos sentíamos guiados espiritualmente en forma seria y profunda.

Sabíamos los tiempos en que él estaba atendiendo en el confesionario. Desde luego, todas las tardes de los sábados se ubicaba en la Capilla. Allí acudíamos, porque sabíamos que muchas incertidumbres, y vacíos recibían su iluminación y respuesta.

Como guía espiritual unía a su gran carisma, su fuerza interior con un gran respeto por el joven. Al invitarme para ir al Seminario Salesiano (Macul) sentí que me dejaba libre para discernir. Me lo dijo a principios de

año. Luego, nunca más me habló sobre el tema. Sólo al final de año me preguntó cual era mi decisión. Al responderle que había optado por hacerme salesiano, guardé en mi interior que el referente que me guiaba para tomar esa decisión era el testimonio que él me había dado como educador, al estilo de Cristo y con la alegría juvenil de don Bosco.

Desde la Vicaría de la Solidaridad

Andrés Aylwin A.

La ineludible defensa de los derechos humanos, tanto por parte de Andrés como de don Raúl, implicó una identidad de valores y actitudes que los unió en el alma y en la acción.

En aquellos meses posteriores al 11 de septiembre de 1973 la represión se dejó caer implacablemente contra millares de chilenos que se convirtieron en forma súbita en “enemigos” de su propia patria. Así, en virtud de supuestas “razones de Estado” se practicó la tortura, el asesinato político y la desaparición forzada de personas.

Apenas semanas después de desatarse la brutalidad, los que no tenían casa para compartir sus dolores encontraron casa; y los que carecían de voz aun para suplicar clemencia, encontraron una voz para solicitar justicia. Esa casa y esa voz fue el Comité de Cooperación para la Paz, después convertido en Vicaría de la Solidaridad.

El creador y alma de ambas instituciones fue Monseñor Raúl Silva Henríquez.

Lo recuerdo como si fuera hoy: al interior de los edificios que albergaban a estas instituciones se creó una hermosa solidaridad que, en todo caso, no era suficiente para disipar una dramática sensación de “ghetto”. ¡Allí estaban los “derrotados”, los marginados, los marcados por el crimen y la inseguridad!

Sin embargo, cuando Monseñor Silva Henríquez llegaba hasta allí, todo cambiaba: la oscuridad se transformaba en luz, la calidad de personas dignas de todos los perseguidos adquiría dimensiones desconocidas y la

voluntad de sobreponerse a la maldad y la crueldad brotaba de las propias debilidades humanas.

Monseñor Silva Henríquez no era efusivo pero irradiaba bondad, no exhortaba líricamente a la tranquilidad pero producía una enorme paz en su entorno.

Me cuento entre los que llegamos a la Vicaría como abogado, sin ser integrante de los “vencidos”. Nosotros, también encontramos allí hogar y hermandad, mientras una tremenda sombra de dudas y críticas se alzaba en contra nuestra, que brotaba de mentes fanatizadas y de una opinión pública alienada por el odio y la desinformación.

¡En ese ambiente perverso era fácil, muchas veces, sentirse desorientado!

Sin embargo, para nosotros, al igual que para las familias de las víctimas, la presencia, los gestos y las palabras sencillas y profundas del Cardenal nos daban siempre fuerza y luz, indicándonos que nuestra labor en la Vicaría era no sólo un camino correcto sino, más aún, el único éticamente posible después de habernos convertido en testigos de la crueldad.

No creo equivocarme si expreso que el testimonio de Monseñor Silva Henríquez en ese mundo fue decisivo para que muchas personas visualizaran a Cristo por primera vez, o se reencontraran con Él, o sintieran más fuerte que nunca la presencia del Hijo de Dios entre los hombres.

Al poco tiempo de crearse la Vicaría, se vio claro que en nuestro país existía no sólo el imperativo ético de defender a determinadas personas víctimas de la represión; se percibió que la tragedia superaba los sufrimientos personales y había que asumir la presencia de un dramático crimen social, consistente en la implementación de una política de “terrorismo de Estado” diseñada para eliminar físicamente a determinados grupos humanos como instrumento para aplastar y destruir a ciertos partidos políticos.

Ante esa realidad era indudable que no bastaba sólo el testimonio de compartir el dolor y procurar mitigarlo. Era, además, indispensable el mensaje profético que condenara abiertamente el camino perverso, señalara públicamente y sin ambigüedad que nadie puede ser perseguido por su manera de pensar y denunciara que, aquí en Chile, desgraciadamente, había antecedentes preocupantes para deducir que se estaba diseñando una perversa política de eliminación física de seres humanos como herramienta para conseguir fines políticos.

Frente esta cruda realidad, que requería de lucidez y coraje, las palabras del Cardenal resonaron siempre claras, categórica e inequívocamente dirigidas a un presente doloroso que exigía la necesidad de condenar y superar.

En esta forma, Monseñor Silva Henríquez -nos consta- pudo no sólo salvar muchas vidas sino, también salvar la fe de muchos hombres en el camino de la paz y la “no-violencia”, puesto que nada produce más irritación -y por lo mismo violencia- que la complicidad generalizada ante el crimen y la arbitrariedad.

Tal vez podemos expresar que mirando aquellos tiempos desde el interior de la Vicaría, sentíamos claramente el avance de la crueldad -con toda su fuerza arrolladora- pero percibíamos, también, muy nítidamente -expresado ello en el rostro y conducta de muchos seres humanos- lo que puede significar el testimonio de un solo hombre que, con claridad y coraje, defiende a los perseguidos en tiempos de violencia desatada, y afirma valores éticos y espirituales en medio de la crueldad y el fanatismo.

Por eso, no lo dudamos, Monseñor Raúl Silva Henríquez es el hombre más notable de aquellos tiempos. Así lo percibíamos, en aquellos días difíciles, desde el interior de la Vicaría.

El transcurso de los años ha ratificado históricamente esa imagen.

Un Obispo Providencial

Mons. Alfonso Baeza D.

El señor Cardenal fundó la Pastoral Obrera en 1977. Desde esa fecha hasta ahora, el Vicario de la Pastoral ha sido Mons. Baeza. Entre ambos se cimentó una amistad y cariño entrañables.

Con don Raúl como Arzobispo de Santiago, comencé mi vida activa de sacerdote. A su comprensión debo el haber podido dedicar el ministerio sacerdotal al mundo de los obreros y trabajadores urbanos. Labor que comencé por el año 1964 como asesor del Movimiento Obrero de Acción Católica, MOAC, y, en 1977, como Vicario Episcopal para la Pastoral Obrera, hasta estos días.

Como colaborador suyo en este último cargo pude apreciar mejor su grandeza como hombre, como cristiano y como Arzobispo.

Puedo decir con admiración y gratitud que don Raúl fue un obispo providencial para los complicados desafíos que vivió la Iglesia de Chile y universal, en los años de su episcopado y cardenalato. La historia de la Iglesia de Chile, tendrá que dedicar un reconocimiento especial a su valiente actitud, coherente con la enseñanza de Jesús sobre el Buen Pastor (San Juan 10), al defender los derechos humanos sin preguntar si los perseguidos o los reprimidos eran católicos o no, durante la dictadura.

Los trabajadores y su Pastoral agradecen a don Raúl el enorme amor por ellos y el impulso que les dio con la creación de la Vicaría de la Pastoral Obrera, como asimismo las múltiples iniciativas que estimuló para promover la participación de los trabajadores en las empresas, tanto en su gestión como en la propiedad de muchas de ellas. Lo mismo en el campo de la

vivienda popular, la educación y en su interés por la difusión de la doctrina social de la Iglesia.

Puedo afirmar que no hay aspecto de la vida de los trabajadores, de sus familias - particularmente en la defensa y constante enseñanza de sus derechos-, en el cual su preocupación, no sólo teórica sino también práctica, haya estado ausente.

Personalmente, estimo que su compromiso pastoral con la defensa y promoción de los derechos humanos, en especial los de los trabajadores en los momentos en que más arreciaba el poder de la dictadura post golpe militar, constituye un aporte histórico a la imagen y posición de nuestra Iglesia en relación al tema. Su testimonio ha sido un elemento fundamental para la credibilidad de la Iglesia, factor esencial en la evangelización de los trabajadores.

Su famosa expresión: "La Iglesia no puede olvidar su cuna en una familia obrera", repetida en varias oportunidades, explica la razón profunda de su actitud pastoral hacia el mundo de los trabajadores.

Sentía un dolor enorme al comprobar la injusta desigualdad. Con ese énfasis tan característico en él cuando estaba dolido o indignado, me dijo un día indicando con sus manos: "**¡No puede ser!, ¡No puede ser!**, que en Chile exista una cantidad tan enorme de gente que no tiene lo mínimo para ser hombres. **Eso me hiera, me duele.** He querido hacer lo posible, que es muy poco realmente, para solucionar ese grave problema. Pero los chilenos de verdad, los que quieren evitar que existan violencias enormes en Chile, tienen que reconocer que hay que solucionar este problema, ya que sólo entonces Chile será una nación grande".

Agradezco al Señor por haber podido colaborar directamente con un obispo tan admirable y haber experimentado en todo momento su cercanía, amistad y apoyo paternal en la realización del trabajo sacerdotal, al servicio de la misión que recibí en su tiempo como Arzobispo.

De ternura y dulces

María Isabel Bustos

Las mamis de la Aldea S.O.S., se transformaron en colaboradoras importantísimas del “Tío Cardenal”. Él se preocupaba de su selección y de motivarlas con estímulos espirituales por la enorme responsabilidad de ser madres -como María Isabel- de niños necesitados de amor.

Soy una mamá de la Aldea S.O.S. de Punta de Tralca, Institución fundada por Monseñor Raúl Cardenal Silva Henríquez en 1979, después de haberle dedicado largo tiempo a su estructuración.

Tuve el privilegio de conocer personalmente al Cardenal Silva Henríquez, un poco antes de llegar a trabajar en la Aldea. Fue con ocasión de un gran encuentro que tuvimos los jóvenes de la Diócesis de Melipilla con el Pastor, en los momentos difíciles de nuestra Iglesia y haciéndonos eco de la pastoral impulsada en esos momentos por el Arzobispo de Santiago. Me impresionó como un señor muy visionario, con una tremenda fuerza, pese a parecer un poco hosco.

Cuando llegué a trabajar a la Aldea, sabiendo ya que esta era una más de sus tantas obras, no imaginé que iba a conocer mucho más de cerca a este Arzobispo. Yo lo admiraba por su valor, por la fuerza de sus mensajes y por el carisma que supo darle a la Iglesia como “La Madre que acoge y quiere a todos sus hijos”.

Los niños hablaban de él como el “Tío Cardenal”, y me llamó la atención la familiaridad y el cariño con que lo hacían. A los pocos días de empezar a trabajar en la Aldea, un día domingo suena la bocina de un auto

en el portón. Todos los niños salieron corriendo de sus casas y gritando: ¡El Tío Cardenal! ¡El Tío Cardenal!. Salí y ví el auto del señor Cardenal entrando y a todos los niños corriendo tras de él hasta la Capilla. No me atreví a acercarme, porque a pesar de admirarlo tanto, me inspiraba cierto temor su figura imponente. Con el tiempo me di cuenta de cómo este hombre, siempre tan rodeado de gente importante y famosa, era capaz de hacerse pequeño con los pequeños. ¡Con qué ternura les hablaba, les repartía los dulces, los confesaba y les dedicaba la misa el día domingo!

Muchas veces lo vi subir solo desde la Casa de Ejercicios, con su bastón, sombrero o boina y el poncho café. Los niños corrían a recibirlo, le quitaban el bastón y lo ayudaban del brazo a llegar a la capilla de la Aldea. ¡Con qué orgullo se paseaba el que lograba tener el bastón del Tío Cardenal! Era el más grande de los tesoros.

En la medida que lo fui conociendo, vencí el temor de saludarlo y empecé a acompañarlo a repartir los dulces, a ordenar los niños para la confesión, y así también empecé a ser invitada a cenar o almorzar con el Tío Cardenal (ya empezó a ser también para mí el “Tío Cardenal”). Otras veces se reunía con nosotras, las mamás, para escuchar nuestra inquietudes, o bien para aconsejarnos en cómo educar y querer a estos niños que él nos confiaba. Nos decía: “Si las madres están bien, los niños también lo estarán”.

En este momento no puedo dejar de recordar la última vez que estuvo en Punta de Tralca; fue en Semana Santa de 1993. Ya le costaba más caminar, y no subió a la Aldea. Yo bajé con Mati para regalarle un cordero de Pascua, preparado por nosotras, a nombre de los niños y del personal. Él estaba cenando con varias personas. No puedo describir el gesto que se dibujó entonces en su rostro: era un regalo tan sencillo, y él estaba acostumbrado a recibir muchos regalos, pero el corderito de Pascua se lo enviaban sus niños. Desde aquella, su última visita acá, cuánta falta nos ha hecho a todos. Creo que su figura permanecerá por mucho tiempo en este hermoso lugar.

Agradezco a Dios el privilegio de haber conocido a este preclaro Pastor de la Iglesia Católica Chilena, conocido en el mundo entero por su estatura moral, por el tremendo mensaje de amor que nos legó en el servicio a los más pobres. En los últimos tiempos, y como presintiendo que ya no podría estar más con nosotras, sus homilías fueron siempre un mensaje de amor: “Amen al prójimo como a ustedes mismos”, o bien, “El primero de

los mandamientos es, Amar a Dios y al prójimo como a ti mismo”.

Sólo me resta decir, ¡Gracias, Monseñor Raúl Cardenal Silva Henríquez!

¡Gracias, Tío Cardenal!

Relato de una intuición menor

Ascanio Cavallo C.

Ascanio pudo absorber la vida de don Raúl, primero como periodista, y luego como un gran amigo. Las memorias del Cardenal, trabajadas durante años por Ascanio junto a don Raúl, constituyen la mejor demostración de una osmosis que los unió en el esfuerzo y la amistad.

Conocí al Cardenal Silva Henríquez cuando ya había dejado el Arzobispado de Santiago y vivía en esa calle inquietantemente llamada Los Pescadores. ¿Cómo se encuentra uno en su vejez con una calle que sugiera en forma tan expresiva las intenciones de toda una vida?

Estuve en algunos de sus amistosos almuerzos, bautizó a Sebastián, ayudó a que Felipe ingresara a uno de sus colegios favoritos; presentamos un pequeño volumen con sus homilías de la época del régimen militar y pasamos alguna tarde mirando viejas fotos del Piduco. Pero siempre lo más intrigante era esa extraña mezcla de cordialidad y fuerza, de domesticidad y poder, de mansedumbre y bravura, una especie de perpetua y recíproca invasión entre lo privado y lo solemne, una incómoda coexistencia de la anécdota con la historia.

En 1989 me invitó a trabajar en sus Memorias. Recibí ese insólito privilegio con la cierta distancia profesional que se ensaya como primera defensa ante las tareas difíciles. En la primera reunión dijo que, si el libro reportaba algún beneficio económico, él dispondría que fuese donado a una institución benefactora, y luego hizo una vaga mención a los honorarios, que, puestos en esa secuencia, pasaron a quedar intempestivamente mancha-

dos por el egoísmo, la codicia, la usura o quizás algo peor. Cuando el Cardenal hablaba de dinero, todos, con la discutible excepción de los niños, eran culpables; para entonces ya había introducido en la sociedad chilena el indispensable sentimiento de culpa social sin el cual sería imposible sacudir las modorras y las tibiezas de los satisfechos, pero uno está poco acostumbrado a transferir la escala histórica a la pequeñez del día. En eso nos llevará ventaja a todos hasta el último suspiro. Aquella tarde acordamos (pero no: él acordó) que beneficios y honorarios debían seguir el mismo destino. Después supe que esta manera de implantar el cielo en la tierra y convertirlo en un amasijo inesquivable era una técnica aprendida en años muy tempranos.

Supongo que, como muchos de mi generación, crecí mirando al Cardenal como un punto de referencia fundamental de la vida chilena. Crecí *pelándolo*, admirándolo, suponiéndole intenciones, formulándole reproches, mezclando en él el trigo y la cizaña que han formado nuestra convivencia, precipitando sobre su figura todas nuestra debilidades y orgullos.

Nos acostumbramos -seguramente con muchas otras generaciones- a esperar que el Cardenal hiciera lo que pensábamos que tenía que hacer; y él nos acostumbró a no hacer eso, sino aquello que consideraba su deber.

¿Cuántos de los reproches públicos y privados que todos le hemos hecho no partían de esta sencilla contradicción entre la expectativa y la conciencia?

El Cardenal no cedió a la tentación de la estadística: sin ocultar sus dudas -sin ocultar la madera humana de que está hecho- nos acostumbró a ver en él a una figura segura, firme, de convicciones fuertes: como un hito, como un mástil al que conviene mirar de vez en cuando para no perderse en el fragor de la tormenta.

Quizás por eso, ha terminado por suceder algo misterioso, que tal vez los historiadores tendrán ocasión de advertir mejor y que fue una persistente intuición en los años que trabajamos juntos: el temperamento del Cardenal, su genio seco y directo, su sentido de la convicción, se han ligado inextricablemente con la historia chilena de 30 años; ya no se sabe quién hizo a quién, qué fue primero, dónde estuvo la chispa, cuál fue el hombre y cuál la circunstancia. Desde que se instaló en el Arzobispado de Santiago, a comienzos de los 60, las cosas no volvieron a ser iguales, ni estaba el Cardenal dispuesto a que lo fueran: en la imponente reciedumbre

de esa certeza se encuentra la razón de por qué sea la única personalidad del siglo que se haya atrevido a describir, sin asomo de duda, lo que llamó "el alma de Chile". Tal vez la historia separará la duda de la razón.

Pero de momento se puede confirmar que sin la convicción que a cada rato -a veces hasta la majadería- nos recordó la validez de ciertos principios fundamentales, muy distinto habría sido nuestro rumbo como comunidad. En muchas ocasiones, quizás demasiadas, no fue oído. Pero, consciente de que su tarea era arar en el mar, predicar en el desierto, sembrar bajo el vendaval; el Cardenal no cejó en la obstinada decisión de mostrarnos nuestras debilidades, nuestras carencias, nuestras renunciaciones. Se requería una porfía superior -una porfía profética, dirían sus sacerdotes- para insistir en todo esto bajo circunstancias tan adversas tan violentas y tan duras como las que vivió Chile entre los 60 y los 80.

Y sin embargo, la semilla que parecía dispersada, la palabra que se creía perdida, terminaron por incrustarse en la conciencia nacional. A la vuelta de tres décadas de fuego, se puede decir que si Chile encontró un momento de serenidad lo logró gracias a la pertinacia de hombres como el Cardenal, a su mensaje incesante sobre la esterilidad del odio, sobre la impotencia denigrante del odio, sobre el deber de auxiliar a los perseguidos, sobre el imperativo de atender a los más débiles.

En su intransigencia, esa gestión convirtió al Cardenal en la más poderosa voz moral de la nación a lo largo de 30 años. Por aquella voz hablaron las ansiedades y las aspiraciones de los desheredados, de los marginados, de los dolientes, pero también las de unos cuantos hombres justos que, equivocados o no, quisieron construir un Chile mejor.

Cuando emprendimos la redacción de las Memorias supuse que, como serán otras memorias, habría muchas cosas por omitir, retocar, disfrazar. Hallé lo contrario: un hombre honrado, directo, franco, que quería revisar su vida con una modestia desconcertante, reconociendo errores, valorizando aprecio, recordando a quienes lo rodearon y ayudaron, buscando explicar lo que pudo ser polémico, lo que pudo herir o perturbar.

En esa esencial honradez me pareció ver un rasgo central de la historia del Cardenal. Que un hombre de más de 80 años no tuviese otra ambición que la de seguir siendo un instrumento de paz para su sociedad, despojado ya de la historia que parecía querer reducir a la escala humana, es algo inquietante y misterioso. Y tal vez conmovedor.

Con François Mitterrand Enrique D'Etigny L.

Don Raúl siempre alentó el trabajo intelectual como un mecanismo de promoción humana y de servicio a los demás hombres. Con la intervención universitaria durante la dictadura, el Cardenal Silva creó la Academia de Humanismo Cristiano, cuyo vicepresidente fue Enrique, con quien compartió muchos años de trabajo en la hermosa tarea de preservar el pensamiento libre y pluralista.

No me resultó fácil cumplir con el honor de dar este testimonio sobre don Raúl. Fundamentalmente porque se agolparon en mi conciencia tantas actitudes y palabras que tuve el privilegio de apreciar y escuchar de este hombre excepcional. No sabía por donde empezar, cómo expresar en tan pocas líneas el profundo significado que el señor Cardenal tuvo en mi vida y en la de tantos chilenos.

Nace mi admiración por don Raúl con motivo de los trabajos que se realizaron en Chile en la preparación del Concilio Vaticano Segundo. Me tocó participar en ellos y apreciar la claridad de su pensamiento franco y directo, tendiente a acercar siempre la Iglesia a la gente.

Este hombre sencillo y elocuente terminó por conquistarme definitivamente por su actitud valiente y decidida en defensa de los derechos del hombre, de las libertades individuales y del respeto por un desarrollo intelectual y cultural pluralista.

Es por ello que trabajar junto a él como vicepresidente de la Academia

de Humanismo Cristiano constituyó un honor que le agradezco muy profundamente. En esta condición me encontraba cuando el Presidente François Mitterrand invita oficialmente a don Raúl a una conversación en el Palacio del Elíseo, a la cual asistí acompañándolo. Habíamos acordado juntarnos en el Palacio mismo por lo que yo me encontraba a su espera en la entrada del Elíseo. De pronto aparece un pequeño automóvil conducido por un sacerdote salesiano el cual ingresa a los patios del Palacio. Obviamente que la guardia que estaba esperando un automóvil moderno para la solemne entrada de un famoso Cardenal quedó absolutamente desconcertada ante este hecho inusual.

Don Raúl se baja del automóvil y consulta: “¿Cómo se llega donde el Presidente? Tengo una entrevista con él”.

Pasada la sorpresa inicial, el protocolo de palacio asume el rol que le corresponde y nos guía hasta el salón donde se realizaría la entrevista. Mitterrand lo recibe con claras muestras de cordialidad y aprecio. Le saluda afectuosamente en francés. A su lado se encontraba un intérprete que de inmediato le traduce el cordial saludo al señor Cardenal.

Don Raúl con su excelente francés le responde que no es necesario traducción alguna ya que él había sido profesor de ese idioma.

Fue una conversación muy profunda en donde Mitterrand le rindió un gran reconocimiento a la labor desplegada por don Raúl en su valiente defensa por los derechos humanos en Chile.

Asimismo, le ofreció la cooperación del Gobierno Francés a alguna de las actividades impulsadas por don Raúl, la que finalmente recayó en la Academia de Humanismo Cristiano, específicamente a través del Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea (CERC), de fructífera labor durante muchos años difíciles en los que la libertad intelectual se encontraba censurada en el país.

Muchos pensamientos se agolpan en mi mente ¡Cuánto se puede alabar al Cardenal de Chile por su coraje y vocación de servicio en favor de grandes y nobles causas!

Un promotor de la vida

Padre Renato Hevia R.

Para don Raúl compartir experiencias y conversación con su hermano jesuita, Renato, significó siempre una gran alegría y un regocijo en su espíritu.

La Biblia describió a Saúl, el primer rey de Israel, valeroso y discutido, como: "Del hombro arriba, más alto que todo el pueblo". Se refería a su hermosa estatura humana, que lo hacía digno de conducir con autoridad al incipiente pueblo elegido de Dios.

Así podemos describir hoy a este moderno profeta del Señor, llamado Raúl, que en momentos de profundos cambios se irguió con la fuerza del Señor para hablar en su nombre y conducir con autoridad a su pueblo. "Del hombro arriba, más alto que todo el pueblo" (I Sam. 9, 3).

La valía y estatura del Cardenal Raúl Silva las medirá la historia. Porque en tiempos de honda crisis supo poner su mirada más allá de las conveniencias y levantar su voz en defensa del Hombre, de todo hombre. Al hacerlo, estaba reeditando en el presente, el afán de Jesucristo que vino para dar vida a la humanidad. Y dar vida es defenderla, promoverla, invitar a vivirla con alegría, señalar derroteros nuevos, inspirar, entusiasmar con una tarea significativa.

Esa fue la vida del Cardenal Silva: animó a la Iglesia de Chile y de más allá, la invitó a servir con alegría, la inspiró con su palabra fuerte, la guió con sabiduría organizándola para la promoción de la justicia, de la solidaridad, de la paz; la entusiasmó con su postura valiente y profética, la sostuvo en la defensa acérrima de la dignidad humana cuando muchos fueron pisoteados.

Uno se sentía respaldado por él para luchar la misma lucha, de promoción y defensa de la vida. Uno se sentía inspirado no sólo por su palabra de fuego -aún oigo sus homilías enardecidas en la Catedral-, sino también por su ejemplo, entregando las tierras de la Iglesia para la Reforma Agraria, dirigiendo un sínodo histórico en Santiago, creando el Comité Pro Paz y la Vicaría de la Solidaridad, organizando hogares para menores abandonados y jugando con ellos, creando un banco para el desarrollo de los más pobres, recurriendo incansablemente a los medios modernos de comunicación para interpelar, desafiar, agradecer. Uno se sentía animado a hacer de la Iglesia, con él, una comunidad al servicio de los demás, atenta a los gozos y esperanzas, a las penas y zozobras de la gente de carne y hueso.

Esto es ser *profeta*: anunciar con la propia vida la salvación que Dios trae por Jesucristo, aquí y ahora, a este pueblo concreto que sufre, trabaja y peregrina hacia el reino definitivo. Anunciar a Jesucristo no es repetir eternamente sus palabras y sus acciones, sino mostrar a los afligidos que Dios, por medio de su Hijo, ejecuta hoy y aquí la salvación, la vida en plenitud. Y esto Dios lo anuncia produciéndolo; sanando, liberando de cadenas y mitos, dando genuina esperanza, haciendo caminar a los cojos y paralizados por el miedo, “prodigando prodigios prodigiosos”, como dice la Biblia (Is. 29, 14).

A Europa, no iba sólo a los santuarios, o a reunirse con sus hermanos obispos. Recorría las puertas de cuanta organización había de ayuda al Tercer Mundo para conseguir más harina, más alimentos, más tractores, más medicamentos, más madera. Y sobre todo más dinero, que luego transformaba en trabajo, en publicaciones, en capacitación, en casas, en policlínicas. Así los invitaba también a la oración, a la caridad verdadera, a la toma de conciencia sobre los pueblos pobres y la solidaridad internacional.

“Don Raúl”, como lo llamábamos, se afanaba mucho en cosas “de este mundo”, no sólo en la oración y catequesis; porque sabía que a través de las cosas de este mundo es que llega el anuncio de la salvación de Dios. Jesucristo también se afanó por estas cosas, por dar salud a los enfermos, pan a los hambrientos, vista a los ciegos, libertad a los perseguidos, vida a los muertos, al igual que paz a los desesperados y perdón a los arrepentidos. Así, mostró con hechos el amor misericordioso e incondicional del Padre de los cielos. Haciéndose eco de su Señor, el Cardenal Raúl vino para promover la vida y promoverla en abundancia.

Toda una vida y una vida nueva

Néstor A. Lunas

Néstor, campesino y hombre de esfuerzo, representa con su testimonio todo el cariño y gratitud que para muchos de sus compañeros significó la acción del Cardenal Raúl Silva Henríquez.

• Por qué “**toda una vida**”?

Recordemos que en los años 20, 30, 40 y hasta los 60, existía una sola verdad para el campesino: vivir y servir al patrón y ser llamado “inquilino u obligado”. Era esta la forma de vida en los grandes fundos o haciendas, donde el hombre servía al patrón en sus obligaciones y en diversas tareas agrícolas, de sol a sol.

Las regalías ofrecidas por el patrón consistían en una casa con un goce de tierra para dos talajes, dos panes diarios, un kilo de porotos cocidos a la hora de doce y un sueldo de 20 centavos. El que fallara periódicamente, estaba despedido y en el mes de marzo le llegaba el aviso de desahucio para que se retirara el 30 de abril. Era una amargura grande porque había que emigrar en busca de otro pueblo o de un fundo.

Muchas veces sufríamos pensando quién pagaría las obligaciones cuando nos enfermáramos para no ser despedido. En muchos casos, el hijo mayor se hacía cargo mientras su padre se mejoraba. Entonces tenía que dejar la escuela para cumplir lo que su padre había pactado con el patrón. ¿Qué significado tenía la vida para este joven, “obligado” de pronto, dejando los estudios? Sólo pensaba que ya era todo un hombre, porque él era el nuevo jefe de hogar. Pero no importaba, había que servir toda una vida sin pensar en su futuro, como ser social que Dios creó.

Nunca se pensó que la vida en San Dionisio podría cambiar de repente para compensar los sufrimientos de tantos años, en que alguien se acordara de nosotros. Gracias a Dios y a la Virgen, que siempre están con el que necesita y sufre.

En el año 1962 empezó una vida nueva para los inquilinos del fundo San Dionisio. Este fundo estaba arrendado y pertenecía a la Iglesia Católica. Decimos una nueva vida o un nuevo amanecer porque a fines del año 62 se comenzó a rumorear que el fundo se entregaría a los inquilinos en parcelas. Todos nos preguntábamos ¿cómo podría ser esto?, ¿cómo serían las parcelas?, otros comentaban ¿cómo vamos a producir sin tener nada?

Supimos que la primera Reforma Agraria de la Iglesia Católica se haría en el fundo San Dionisio. En una reunión, un campesino con timidez preguntó quién hacía esto; un dirigente respondió claramente que esto lo hacían dos pastores de la Iglesia Católica, Su Eminencia el Cardenal Raúl Silva Henríquez y Monseñor Manuel Larraín, Obispo de Talca. Que juntos los dos se atrevieron a entregar las tierra de la Iglesia a los campesinos. Al escuchar esa respuesta, nos miramos unos a otros con alegría como dando gracias a Dios por lo que se iba a hacer.

Sólo era una conversación, llegamos a nuestra casas y le contamos a nuestras esposas e hijos lo dicho en la reunión. Fue una emoción y un abrazo de alegría con lágrimas en los ojos. No faltó el hijo que preguntó: "Papá, ¿cómo vamos a producir si no tenemos nada?." Pero Dios es grande y así pasaron más reuniones dando a conocer lo que sería la Reforma Agraria de la Iglesia, de la responsabilidad de recibir la tierra y demostrar la capacidad del campesino para producir. Esto se hacía porque el Cardenal Silva Henríquez, tenía confianza y fe en los campesinos de San Dionisio.

En el año 1963, empezó la planificación de trabajo de la tierra y medición de las parcelas. Su Eminencia creó el INPROA. Ellos llegaron a conocer el fundo y a los campesinos para empezar el primer año agrícola. Llegaron ingenieros, técnicos y muchos otros que nos daban conocimiento de la Reforma Agraria y de lo importante que era que nosotros trabajáramos la tierra. Se comenzó la planificación de las parcelas y de cuántas hectáreas serían por cada una. Mientras, nosotros comenzamos a limpiar los terrenos con un gran interés en hacerse cargo pronto de la parcela de tanta importancia para cada uno.

Llegó el momento de arar y nadie tenía aperos con qué trabajar. Conversamos con Su Eminencia Raúl Silva el grave problema que se presentaba para el campesino. Se analizó todo esto y se dio un crédito de caballos y arados a cada campesino para poder producir la tierra.

Así comenzó el trabajo con alegría y siempre con la esperanza en la parcela. Comenzó el año agrícola con todos trabajando con entusiasmo.

En una reunión se acordó formar una cooperativa campesina para que todos estuviéramos asociados. En esta planificación de la Cooperativa nos visitó Su Eminencia el Cardenal Raúl Silva Henríquez. Nos reunimos bajo los aromos de las casas patronales en círculo y el Cardenal al centro dando a conocer todas sus inquietudes y por qué la Iglesia hacía la Reforma. Él confiaba en que nosotros íbamos a salir adelante. Pero que tendríamos críticas y problemas. Él nos pedía que siguiéramos con fe, en bien de la familia. Que nos organizáramos en una Cooperativa para que estuviéramos unidos y pudiésemos buscar los créditos para sus afiliados. Así nació la Cooperativa Campesina San Dionisio, iniciando un largo camino. Pasó el tiempo trabajando juntos en INPROA.

En enero de 1964 llegaron las cosechas de trigo. Qué lindo era ver la máquina cosechera trillando el trigo que por primera vez el campesino producía para sí mismo. La cosecha se hacía en unión, principiando por un mediero hasta terminar el último que correspondía al potrero de siembra que tenía como nombre El Álamo.

Se confeccionó una era y una ramada para pegar los sacos y coserlos para cargar el camión que los llevaría al molino. En esta labor siempre se conversaba de algo en la era, a la hora de doce, puesto que comíamos juntos en la ramada, siempre un chiste de alegría, otro se paraba, se tomaba la barbilla dejando de caminar y mirando a los demás decía con un tono de entusiasmo "saben ustedes lo que hemos conversado con mi mujer, que una vez que reciba mi parcela trabajaré mucho para producir y poder darle cumplimiento a la Iglesia y después darle una buena educación a mis hijos, para que ellos no sean como su padre que no sabe leer ni menos escribir".

Era una alegría y emoción de que no se pasaría más hambre, porque había de todo gracias a Dios y al Cardenal Silva Henríquez.

Siempre el Cardenal nos visitaba y nos hablaba de sus problemas al impulsar esta Reforma Agraria. Había muchas críticas contra él y decían que

sería un fracaso, pero él confiaba en los campesinos y tenía fe en “los amigos de San Dionisio”... porque así nos llamaba.

Nos visitó y nos habló con franqueza de los problemas que íbamos a tener en el desarrollo de nuestra tierra y que teníamos que cuidarla por nuestro propio bien.

En el año 71 hizo la primera misa en castellano en nuestra capilla. Esto es un orgullo para nosotros los campesinos. Se puede hablar mucho más de la realidad hecha verdad. Siempre tuvimos fe y alegría al recibirlo, porque su presencia entre nosotros es algo que no era fácil explicar.

En el año 1984 nos visitó una vez más, invitado por la Cooperativa, para bendecir la instalación de nuestro molino de trigo propio. Él sacó personalmente harina de las máquinas y le dijo al molinero: “amigo, la harina está muy entera por lo tanto trate de apretar más los rodillos para que salga más fina la harina... Yo sé de molienda porque en Villa Alegre trabajé en el molino de mi padre. Por eso, a mí no me hacen lesa. Arréglole porque voy a volver a verlo”.

Este es el testimonio de un hombre campesino agradecido de la labor de esta gran parte de la Iglesia, llamada Cardenal Silva Henríquez. Desde aquí, de mi parcela N°5 en nombre de mi esposa, hijos y los demás parceleros, levanto los brazos al cielo y pido a Dios y a la Virgen que bendiga a nuestro Cardenal Raúl Silva Henríquez y que viva muchos años más para que esté junto a nosotros, que le debemos tanto.

Un maestro y un profeta

Padre Miguel Ortega R.

El Padre Miguel siempre ha estado cerca de don Raúl con su trabajo y su amistad. Este vínculo le permitía al Padre Miguel, el “atrevimiento” de imitar al Cardenal en su voz y sus gestos, lo que era celebrado por don Raúl y por quienes tuvieron el privilegio de ser testigos de su gran cariño.

Tuve durante muchos años una estrecha relación con el Cardenal Raúl. Semanalmente iba a su casa. Muchas veces lo acompañaba a Punta de Tralca, donde él gozaba mirando el mar y caminando con su bastón. Hoy me considero un privilegiado por haber gozado de su cálida amistad y de múltiples muestras de confianza.

Cuatro cosas destaco de él:

Su proximidad a la juventud. Él me había encargado la Vicaría de la Pastoral Juvenil. Realizamos muchas actividades que contaron con su presencia y animación. Organizamos “Una Semana para Jesús”, el “Día del Reino”, el Festival “Una canción para Jesús”, los Encuentros de Oración, la Coordinación de Asesores Juveniles y numerosas otras iniciativas. La última fue la Misión Joven. Él consideraba que estaba en deuda con la juventud desde el tiempo de la Misión General y por eso esta misión juvenil lo entusiasmó. Debo decir que el principal animador de la juventud de Santiago era él. En la juventud de ese tiempo, el Cardenal era una figura

atrayente, entusiasmante, lleno de energía, chispeante y valiente.

Durante más de diez años vi lo que gozaba conversando y confesando en el Seminario Menor y después en el Luis Campino. Puntualmente llegaba a cumplir su función de Director Espiritual. Y si alguna vez no podía ir pedía permiso o daba una explicación. Su alma de salesiano se le notaba en esto claramente.

Su amor por los pobres. No era raro verlo derramar lágrimas al comentar las condiciones de vida de los más pobres. Cuando visitaba una población era de inmediato rodeado por hombres y mujeres que le contaban de sus vidas y miserias. Tenía a los pobres en su corazón. Especialmente cercano era a los campesinos, con los que podía hablar un mismo lenguaje. Recuerdo algo que le dijo don Eduardo Frei Montalva en su casa: “Yo creí que no iba a ver a los pobres de Chile en sintonía con la Iglesia Católica. Usted es uno de los que los ha atraído”.

Tal vez los historiadores podrán registrar en el futuro la revolución que esto significa. Hubo tiempos de gran distancia y hasta agresividad hacia la Iglesia. Hoy, sin embargo, los sacerdotes son acogidos y valorados entre los pobres de Chile. Su palabra es escuchada. Su presencia se solicita. En gran medida esto es posible por el testimonio del Cardenal Raúl.

Su confianza en los laicos. Es cierto que el Cardenal era especialmente acogedor con los sacerdotes. Pero no era “clerical”. Tenía una confianza muy grande en los laicos. Basta ver sus obras y sus colaboradores. Con ellos emprendió innumerables tareas y proyectos. le interesaba recibir sus opiniones e intercambiar puntos de vista. Del mismo modo como en su tiempo lo hizo el Padre Hurtado, el Cardenal abrió las puertas y ventanas de la Iglesia al mundo laical. Lo que menos tenía el Cardenal era ser un hombre de sacristía. Le interesaba el mundo, la sociedad, la economía, la salud, la vivienda, la política, la situación de Chile. Y todo esto desde una motivación profundamente evangélica.

Este es un legado que ojalá nunca lo olvide la Iglesia entera.

Su equipo de Vicarios. Escogió excelentes colaboradores. El que más lo interpretó fue su Obispo Auxiliar, Monseñor Ismael Errázuriz. Con él cultivó una hermosa amistad y a la hora de la muerte lo lloró con dolor y sin ningún complejo; era como el amigo Lázaro. Sólo lo mencionaré a él. Su equipo de vicarios eran sus hombres de confianza, casi su familia. Con ellos pasaba sus momentos de mayor intimidad, ya sea en su cumpleaños, en

Navidad o Año Nuevo. Cualquiera podía cometer un error, pero nunca nos descalificó. Por el contrario, nos entendía, nos disculpaba sin necesidad de pedirle perdón. Alentaba el trabajo y gozaba con los éxitos; contagiaba compromiso con esta Iglesia de Santiago, a la que tanto amó y a la que tanto nos hizo amar.

Para mí el Cardenal Silva es de las personas que Dios regala cada cierto tiempo a la Iglesia. Que marcan y dejan huella; que se extrañan cuando no están y su recuerdo es un estímulo para seguir. Me marcó muy profundamente en mi ministerio y mis opciones. Reconozco en él su paternidad espiritual.

Recuerdo al Cardenal Silva Pbro. Ignacio Ortúzar R.

¡Qué gran cariño le demostraba don Raúl al Padre Ignacio! El motivo de su afecto es, ante todo, su común esfuerzo por unir a los hombres con El Señor.

“Tú me recibiste cuando llegué a la Catedral como Arzobispo de Santiago” -me decía con cierta picardía en más de una oportunidad.

A fines de 1961, mientras trabajaba en el Instituto de Humanidades Luis Campino, llegó un día para ofrecerme la Parroquia de El Salvador. “¿Te gustaría ser Párroco? ¿y que te parecería hacerte cargo de la Parroquia El Salvador?”. Me asombró su gesto paternal de Pastor que con tanta delicadeza me pedía un servicio.

Considero una especial gracia de Dios, haber conocido y colaborado con este varón de Dios, sencillo, inteligente, cordial y visionario, el Cardenal don Raúl Silva Henríquez. Firme en sus convicciones, decidido en su actuar, franco como pocos, decía las cosas sin tapujos por su nombre, humilde al reconocer sus errores. De apariencia huraño, en confianza simpático y chispeante, de gran corazón para con los pobres y sensible con los indefensos; bondadoso y comprensivo a pesar de su aparente terquedad. Lo vi derramar lágrimas de dolor e impotencia ante el sufrimiento del pueblo chileno.

Lo conocí muy de cerca cuando fui su Vicario Episcopal en la Zona Sur, Providencia-Las Condes y de la Vida Religiosa y Consagrada. Pero, donde lo conocí más profundamente y con admiración fue en los tres años

que lo acompañé como Vicario General, años muy difíciles y delicados por la situación que vivía el país en ese entonces.

Creo que el Cardenal Silva fue un excelente Pastor y gran Conductor de la Arquidiócesis de Santiago. De mucha visión, inteligente, y audaz sabía a donde iba y apoyado plenamente en el Señor Jesús sorteando con coraje múltiples dificultades existentes.

Impulsó con toda fuerza la Pastoral de Conjunto, iniciada muy poco antes de su llegada como Arzobispo de Santiago, por el Administrador Apostólico de la Arquidiócesis, Monseñor Emilio Tagle Covarrubias.

Llevó a cabo la gran Misión General de los años 1962 - 1963.

Convocó el Octavo Sínodo de la Iglesia de Santiago, en 1967 para renovarla, poniéndola en sintonía con las recientes enseñanzas emanadas del Concilio Vaticano II.

Organizó la Arquidiócesis en Zonas y Decanatos y como buen hijo de don Bosco, crea la Vicaría de la Educación, con la Pastoral Universitaria y Juvenil. También para enfrentar los desafíos de aquellos años, crea las Vicarías de la Solidaridad y la Pastoral Obrera, mostrando así su preocupación por la defensa de los derechos humanos y su solicitud por la clase trabajadora.

Me tocó estar muy junto a él en la celebración del Simposio de los Derechos Humanos, organizado por la Vicaría de la Solidaridad en 1978. Ahí manifiesta una vez más su solicitud de Pastor y su coraje en la defensa irrestricta de estos derechos: "Todo hombre tiene derecho a ser persona".

Supo trabajar en equipo con sus vicarios, a quienes escuchaba, animaba y respaldaba en su acción. En el Consejo de Gobierno presidido y guiado por él, ellos planteaban con mucha realidad los problemas, se reflexionaba sobre ellos y se tomaban las resoluciones pertinentes que cada uno asumía con responsabilidad. Era un equipo, no sólo de trabajo, sino de amigos que junto al Pastor formaban un todo en donde reinaba la franqueza, la cordialidad, la lealtad y la confianza mutua. El Cardenal confiaba en sus vicarios y los dejaba actuar con libertad. Los sabía responsables y leales a su persona y a la Iglesia de Santiago.

Sus homilías eran enjundiosas, profundas, realistas, atrayentes. En ellas se reflejaba al hombre de Dios empapado en el amor a Jesucristo y su Iglesia, y al Pastor comprometido con la gente.

Recuerdo el regreso de sus viajes a Roma y a otras ciudades del viejo continente, oportunidad en que reunía a sus vicarios a la mesa, donde contaba con amenidad los pormenores de su viaje con sabrosas anécdotas.

Actualmente las veces que voy a verlo a la Casa de Salud de los padres salesianos, en la cual vive con mucha paz interior y derrochando una inmensa bondad, me dice: "Nosotros nos conocimos hace tantos años". ¿Qué recordará con estas palabras? ¿Qué querrá decirme? Sin duda el afecto de tantos años como Pastor.

Así recuerdo al querido Cardenal Silva.

El Cardenal Silva, Obispo del III milenio **Monseñor Cristián Precht B.**

El padre "préjete", le decía don Raúl. Entre ambos se produjo una sintonía profunda, mucho más allá de la amistad. Cristián es como su hijo en la palabra de Cristo, como el heredero natural de sus pensamientos y de su acción de vida.

Al Cardenal costó librarlo con vida ese domingo por la tarde en que se despidió de la sede de Santiago. Era tal el aplauso, el "Raúl, amigo, el pueblo está contigo", los brazos, las gracias y los besos reverentes, hacían literalmente imposible avanzar en medio de ese pueblo enfervorecido. Y no era para menos. Después de 22 años de presencia continua, en medio de la mayor crisis de convivencia conocida en el siglo, este varón "justo y bueno" dejaba de ser Arzobispo de Santiago.

A las 8:30 en punto del día siguiente se presentó en el Seminario Menor. Y a las 8:30 en punto siguió yendo a cumplir con su deber de cura confesor. Nunca llegó tarde. Y, si alguna vez tuvo que faltar, lo comunicó previamente al señor Rector. Así de cumplidor. Así de respetuoso.

Al domingo siguiente tuve el honor de presentarlo como nuevo capellán de la Misa de once en la Parroquia de Ñuñoa. Los fieles no cabían en sí de gozo y él me agradeció este gesto como si yo hubiera hecho una proeza. Sí, el mundo al revés. Pero así es y así era Don Raúl.

Estando cerca de él siempre lo admiré. ¡Tendría tanto que contar! Pero, confieso, con el paso de los años, con mayor experiencia y la mirada

más larga que me ofrece el CELAM, que hoy tengo una visión aún más asombrada de este gran Pastor de la Iglesia de Chile.

El Cardenal Silva ha sido un precursor, un visionario. Un Obispo audaz y prudente que llevó a cabo una obra impresionante. Si se trataba de pastoral, él imprimió una organización moderna a la Arquidiócesis, siguiendo los certeros pasos de su predeceso. Si se trataba del Concilio Vaticano II, él tuvo un liderazgo decisivo junto a un grupo insigne de Pastores Europeos y Latinoamericanos. "No perdí ninguna votación" -decía, dando gracias de haber seguido siempre el Soplo del Espíritu Santo. Si se trataba de reforma agraria, de reforma universitaria, de encarar la toma de la Catedral, de refundar el Seminario, de defender a brazo partido la educación católica, de intentar el último diálogo antes del quiebre democrático, de pedir respeto por los vencidos, de abogar por los sin voz, de hablar con la claridad del día y la firmeza de sus convicciones, de interpelar al Buen Dios o de pedir mansedumbre; ¡Él siempre estuvo ahí! Y, como precursor, llegó antes que muchos de sus contemporáneos.

Hoy me impresiona más que antes su increíble creatividad pastoral. Para nosotros se hizo habitual hablar de catequesis pre-sacramental, vicarías especializadas (Educación, Juvenil, Universitaria, de Solidaridad y Pastoral Obrera) y de un sin número de iniciativas laicales desde la creación del canal de televisión de la Universidad Católica de Valparaíso hasta el Banco del Desarrollo, pasando por INVICA, FINTESA, la Fundación para el Desarrollo, IMPROA, la OCAC, la Aldea S.O.S., la Academia de Humanismo Cristiano.... Y tantas otras más. Todo esto es obra de un Pastor decidido que asumía creativamente los desafíos del presente. No sabía detenerse. No le gustaba perder. Y rodeado por innumerables colaboradores inventó soluciones inéditas, novedosas, que aún hoy impresionan en otras latitudes. Mientras que para nosotros fue tan normal tener una Vicaría de la Solidaridad para encarar los tiempos de emergencia. Otros países, y no muy lejanos, la miran con profunda admiración pensando cuántas vidas se habrían podido salvar...

Admirable obra de este hombre tímido y fuerte, a la vez, de fe profunda en Dios y de un amor a toda prueba por su querida Iglesia. Admirable este Pastor del III Milenio, adelantado a los tiempos, que sobrepasaba en su vida las categorías de conservador o avanzado. Tiene y tenía una admirable libertad interior y una hombría envidiable para poner y dar la cara.

Había temas-realidades que le quemaban el alma. La situación de los pobres, por quienes lo vimos derramar lágrimas de ira santa. La justicia y el derecho, aprendidas en la universidad y maduradas en la Biblia y en la vida. Chile, su historia, su presente quebrantado y el futuro que anhelaba. Don Raúl siempre fue un gran demócrata, superando con coraje su talante aristocrático. En esto mucho tuvo que ver el Padre Panzarasa y su familia salesiana.

Esto y mucho más. Podríamos hablar de la variedad de sus colaboradores más cercanos -los Pbro. Raúl Hasbún, Luis Antonio Díaz, Luis Eugenio Silva- y de su valioso equipo de vicarios, igualmente diverso y variado. Podríamos mencionar su enorme confianza en el laicado y su apoyo decidido a sus iniciativas; o su ascendiente en la conferencia Episcopal de Chile. Podríamos, tal vez, concentrarnos en la intimidad de su casa, desde su mesa proverbial hasta su corazón compasivo. Pero no quiero cansar al amable lector. Prefiero apuntar a su alma de cura, con una anécdota y un epílogo.

Poco después de ser aceptada su dimisión, tuve el privilegio de vivir un año en su casa. Un día invité a tomar té a un grupo de jóvenes universitarios que yo asesoraba. La conversación estuvo muy animada y la mesa, cardenalicia. Por lo tanto, después de cena, a la hora del encuentro cotidiano, me hizo atinadas y afectivas observaciones sobre cada uno de los comensales. Pero se detuvo en uno, a quien no voy a nombrar, para ponderar su inteligencia, su simpatía, su pasta de líder... Con cierto pudor le dije: "Señor cardenal le confieso que NN es mi hijo amado, en quien tengo todas mis complacencias..." No dije más. Sentí que me ruborizaba por hacer tan íntima confidencia.

La respuesta fue inmediata: "Dios te bendiga, mi hijo. El Señor lo ha puesto en tu camino. Él es tu hijo y tú lo debes acompañar siempre... ¡Dios te bendiga! Los sacerdotes no somos estériles. Esa sería una tragedia. Nosotros hemos nacido para la paternidad..."

Este gran hombre que Dios ha regalado a Chile y a su Iglesia, hoy día está ausente de la noticia, ausente de la contingencia. Y, a veces, también algo ausente de la conversación. Pero hay tesoros que tiene muy presente.

Son pocos los nombres que retiene, pero siempre tiene la palabra adecuada: "Hijo, ¿qué te habías hecho?. Te he echado tanto de menos..." Y con una mirada de ternura cada día más transparente, recibe a sus visitantes

y los contempla, estableciendo una comunidad de afecto, de amor, de amistad.

Presente tiene también su sacerdocio, y nadie puede sacar de la mesa su Breviario amarillento que vuelve a rezar, a cada instante. Un día, ya enfermo, nos confidenció al Padre Miguel Ortega y a mí: "A veces me siento cansado, a veces viene la tentación de abandonarlo todo, pero este libro nos mantiene". Y se puso a rezar un salmo del exilio en que el orante recuerda con emoción los días en que encabezada a su pueblo, entre cantos y alabanzas, guiándolo hacia "los atrios de la casa del Señor".

El Cardenal puede estar ausente, en esa semi vigilia que entrelaza la lucidez del afecto con la dificultad de nombrar todas las cosas que la inteligencia querría. Pero en una concuerdan siempre los afectos con su voz: basta pedirle su bendición para que lo haga con la misma firmeza y claridad con que fue voz de los sin voz.

Hoy saludo con lo mejor de mi cariño a este gran Pastor, que le Señor nos ha dado, y le agradezco entrañablemente que siempre me haya tratado como a un hijo.

Gracias, Don Raúl. Gracias, señor Cardenal

...Y finalmente me conquistó

Silvia Puelma de Sapag

La amistad de Silvia y el Cardenal nace algunos años después de un rechazo inicial. Poco a poco, don Raúl fue cautivándola hasta llegar a ser grandes amigos. Hoy, la admiración y el cariño de Silvia hacia el Cardenal son incondicionales.

Mis primeros contactos con el señor Cardenal Raúl Silva Henríquez, no me fueron gratos. Lo veía como alguien distante, frío, autoritario tal vez, hosco y en absoluto cálido ni acogedor. Me producía temor y rechazo. No puedo olvidar sus frecuentes y personales llamadas telefónicas -que yo atendía- a Reinaldo, mi esposo, para invitarlo a cenar con él a su casa. Me indignaba su modo directo y cortante y sobre todo esa sensación de que yo no existía para nada. Sus invitaciones eran recibidas por parte de mi esposo como algo a lo cual no podía negarse y, por tanto, mis planes y mis deseos de vida familiar después de sus siempre prolongadas actividades laborales pasaban irremediablemente a segundo plano. ¡Cuántas discusiones y desencuentros matrimoniales surgieron por estas invitaciones a cenar del señor Cardenal! Yo le decía a Reinaldo que no podía entender por qué este cura se empeñaba en separarnos, que parecía que para él nuestro matrimonio no existía ni importaba mayormente y le daba lo mismo.

Esta situación llegó a ser tan intolerable para mí que me tenía francamente enojada y muy angustiada. Hasta que comprendí que esto no debía continuar y que yo tenía que modificar mi actitud personal, y buscar maneras más amistosas hacia el Cardenal, aún cuando él aparentemente no

me tomara en cuenta. Él no era mi enemigo. Yo debía amigarme con él. Poco a poco empezó a invitarme a mi también; yo le tenía susto y prácticamente no abría la boca en esos encuentros, salvo para saborear y disfrutar su siempre excelente y exquisita comida. Lo fui observando, lo fui descubriendo y lo fui queriendo casi sin darme cuenta. Aprendí a ver el hombre tierno, dulce, cálido y generoso tras la fachada hosca y dura; su preocupación y su profundo amor por nuestro pueblo, y sus sufrimientos y dificultades; su poderosa voluntad de servir y buscar soluciones a los problemas de los pobres; su cordialidad, su hospitalidad, su agudo sentido del humor, su sonrisa pícaro y socarrona, con esas arruguitas en torno a sus ojos vivaces. En fin, su tierna y natural humanidad tras las caretas defensivas.

La amistad y el cariño fueron creciendo. Recuerdo con nostalgia nuestros frecuentes encuentros en Punta de Tralca. A través de él conocí la Aldea S.O.S., sus niños tan queridos para él, los "papis", las mamás, las tías y tanta gente amiga y colaboradora en esta hermosa obra. El señor Cardenal solía ir a almorzar todos los domingos con nosotros en nuestra casa de Las Cruces, en tanto que lo acompañábamos a cenar en su casa de Punta de Tralca. Eran momentos tan ricos, tan entretenidos, tan amenos. ¡Cuánta gente conocí en su mesa! ¡Cuántos temas interesantes se planteaban allí! ¡Y qué comidas tan exquisitamente bien preparadas por la "Tere", su cocinera, saboreábamos entonces!

La famosa mesa del señor Cardenal también me significó más de un dolor de cabeza que con el tiempo también se superó. La primera vez que Reinaldo invitó a nuestra mesa al señor Cardenal, quedé aterrada. No me sentía capaz de prepararle cosas tan bien hechas como él acostumbraba en su casa ¿y si no le gustaba? ¿si no comía nada? Estaba enferma de susto. Pero Reinaldo tiernamente me dio ánimo, confianza y ayuda para enfrentar la situación. Gracias a Dios todo salió bien, y así comenzó la costumbre de los almuerzos dominicales en Las Cruces. El Cardenal disfrutaba enormemente allí. Le encantaba mirar el mar y los barcos que pasaban hacia San Antonio o Valparaíso. Cuando tomaban otra dirección, decía que iban al Japón y cuando se detenían fuera del puerto, decía que estaban a la cuadra.

¡Qué lindos tiempos! No me canso de agradecer a Dios por este cruce de caminos que él favoreció. A través del señor Cardenal y de nuestra relación y amistad con él nuestro matrimonio ha resultado fortalecido. Él ya no es motivo de discordia sino todo lo contrario, es motivo de unión en el

amor entre nosotros y hacia él. Ya no podemos separarnos de él y es así como nuestros encuentros dominicales continúan hasta el día de hoy en la Casa de Salud de los Salesianos de Macul, ya que sentimos una necesidad y una alegría profunda de verlo y acompañarlo siempre. Gracias Señor por este santo hombre que has puesto en nuestro camino, que nos ha enseñado tanto y al que quiero y admiro entrañablemente.

“Yo te voy a decir una misa”

Padre Ricardo Reyes C.

El padre Ricardo o “el padre chocolito”, como lo llamaba cariñosamente don Raúl, en consideración al color de la piel de su amigo sacerdote.

Entre ambos se produjo una sintonía muy hermosa y fecunda de cariño y amistad en muchas jornadas en la querida Punta de Tralca

Es una alegría y una gran riqueza para el espíritu recordar el paso del señor Cardenal como Pastor por nuestras parroquias y por nuestra vida sacerdotal. Una gratitud enorme por todo lo que nos entregó con su amistad, su apoyo, sus consejos, su interés mostrado en todo nuestro trabajo pastoral. Siempre muy cercano en todo nuestro quehacer.

A muchos puede extrañarles nuestra cercanía a él, viviendo acá en el litoral, lejos de Santiago donde está la sede de la Arquidiócesis. Pero como el señor Cardenal venía a Punta de Tralca todos los fines de semana, nos invitaba a almorzar o a cenar con él. Nos llamaba por teléfono o venía personalmente a invitarnos a nuestra parroquia. Traía sus vestimentas típicas de la costa, que llamaban la atención de nuestros feligreses: su poncho, su boina y su bastón. Las personas que lo conocían se acercaban a saludarlo con cariño o a tomarse una foto con el Cardenal, a lo que él siempre accedía.

En su mesa era cariñoso y nos atendía con exquisitos alimentos y nuestra conversación era sobre nuestras parroquias, lo que hacíamos y las dificultades que podíamos tener, él siempre mostraba interés por lo todo lo que sucedía. Era la ocasión en la que preguntábamos sobre la Iglesia, o la

Arquidiócesis, o alguna noticia importante a nivel nacional y él con mucha tranquilidad explicaba nuestras inquietudes.

Yo fui uno de los asiduos invitados a su mesa y me distinguió con su cariño. En algunas ocasiones me preguntaba por los horarios de misas en las parroquias o capillas y me decía: "para que mañana descanses, yo te voy a decir una misa", y ese domingo la celebraba en El Tabo, o en Las Cruces, o en San Sebastián. Para muchos fieles, era motivo de admiración y alegría tener al señor Cardenal en su comunidad; al terminar la misa, espontáneamente los fieles lo despedían con un aplauso lleno de gratitud.

Todos los Años Nuevos le gustaba pasarlos en nuestra zona. Se ofrecía para celebrar la misa el día 31 de diciembre en la noche, en una de nuestra parroquias. Después de saludarnos y desearnos felicidades, regresaba contento a Punta de Tralca.

En algunas oportunidades, salíamos para el campo de Lo Abarca, Lo Zárate y el Cajón de la Magdalena; él gozaba en estos lugares y era muy tierno con los moradores de esas localidades.

Siendo yo el párroco de San Antonio, el Cardenal visitaba a menudo a la comunidad, le gustaba presidir nuestra eucaristía el 13 de junio, en la festividad de San Antonio. Todos esperábamos su homilía, que era un valioso apoyo a la graves dificultades que tenía esta ciudad en esos años. Visitábamos a los pescadores del puerto y se preocupaba por su situación laboral y social; nos apoyó económicamente para comprar un bote con motor para ayudar a algunos pescadores más necesitados y a sus familias.

Lo invitábamos a las capillas que tenía la parroquia de San Antonio en los cerros; generalmente les encontraba algún defecto en su construcción y ésta era la ocasión de quejarnos de pobreza. Su respuesta era enérgica y golpeando con su bastón el suelo, decía: "¡Hazlo! Yo te ayudo".

El señor Cardenal, con su calendario lleno de compromisos y actividades, sabía hacerse el tiempo para estar cerca de nuestros dolores y alegrías. Mi familia recuerda con mucha emoción el fallecimiento de nuestra madre cuando él vino a acompañarnos y posteriormente a celebrar una misa con la comunidad por su eterno descanso. Estando yo operado en la clínica, en San Antonio, recibí su inesperada y grata visita, mostrando preocupación por mi salud y también por los costos de la operación.

En la ceremonia de mis 25 años de sacerdocio, él estuvo presente y compartió nuestra celebración.

Ahora, cuando recuerdo todo lo vivido con el señor Cardenal, sólo me queda decir: ¡Gracias, señor Cardenal Raúl Silva Henríquez, por tu ejemplo, por tu cariño, por tu amistad. GRACIAS!

Símbolo de la Solidaridad

Sola Sierra H.

Los marcó la valiente y común defensa de los derechos humanos durante el régimen militar. Ambos siempre dispuestos a mitigar el dolor de aquellos que sufrieron tan directamente; ella con el coraje, don Raúl con el poder de Dios.

Al hablar del Cardenal Raúl Silva Henríquez siento una serie de sentimientos que reflejan la enorme estatura moral y espiritual del hombre que durante muchos años se convirtió en “la voz de los que no tenían voz”, el personaje de la esperanza y de la paz; pero sobre todo, el hombre símbolo de la solidaridad en el Chile del período más dramático de su historia.

Cómo no recordar su figura mitigando el dolor de quienes eran torturados de norte a sur del país, o de los que llegaron al Comité para la Paz, institución solidaria que él creó -junto a otras iglesias de Chile- para recibir las denuncias de los atropellos a los derechos humanos que se cometían en nuestro país.

Su figura, para mí, es la de un padre que, cuando sus hijos sufrieron en carne propia el terror que se les impregnó en la piel ante la barbarie que se desató después del 11 de septiembre de 1973, con su abrazo fraterno consoló el sufrimiento del alma de tantos familiares de víctimas, de un Chile que se sumió en el dolor y en el luto... Atropellos que nunca creímos se pudieran cometer. Esto le significó no pocas dificultades, como amenazas de muerte, ser vetado por los medios de comunicación de la época, no difundir las homilias de los Te Deum que le tocó presidir, sobre todo aquella

en que llamó a la Junta Militar a poner término a los atropellos a las personas.

Sin embargo, lo más grave fue el disolver el Comité para la Paz, por orden de la Junta Militar. Pero por su condición de sacerdote y su inmenso amor al hombre no se dejó amedrentar y creó la Vicaría de la Solidaridad, que se convirtió en la -quizá- más importante entidad de derechos humanos y de apoyo a todos aquellos que con esperanza golpearon sus puertas.

Estas instituciones y el carácter que ellas tuvieron, no hubiesen sido posibles sin la decisión de una figura como don Raúl Silva Henríquez. Su ejemplo lo transmitió a los funcionarios que en ellas trabajaron, quienes también sufrieron la represión, como es el caso de la expulsión del Obispo Helmut Frenz, del abogado José Zalaquett y el brutal asesinato de José Manuel Parada; o el acoso por parte del Fiscal Fernando Torres Silva, quien hizo encarcelar a dos funcionarios de esta Vicaría por negarse a entregar las fichas clínicas de las personas que eran atendidas después de las protestas por recuperar la democracia, que siempre terminaban con muertos y heridos.

Estaremos eternamente agradecidas del Cardenal porque, cuando angustiadas ante la detención de nuestros seres queridos desaparecidos, no encontrábamos a dónde recurrir, pues el egoísmo, el miedo y el individualismo se habían hecho normas de vida en nuestro país, la Vicaría de la Solidaridad era el lugar donde el amor y solidaridad primaban ante la injusticia y la violencia, donde el compromiso con la paz y el derecho no fue un dogma sino una forma de vida.

Si hasta el día de hoy, cada uno de nosotros continúa la búsqueda de la verdad y la justicia para nuestros seres queridos, es gracias al apoyo brindado ayer, pero también en respuesta a gestos tan nobles de comprensión y consecuencia de personas que estuvieron cerca nuestro, a veces desde las sombras, apoyándonos movidos sólo por el servicio y preocupación por el más necesitado, motivados por el amor al prójimo, inspirados en la enseñanza de Jesús, como lo hizo tan hermosamente nuestro amigo Cardenal.

Cuando recordamos a nuestros seres queridos, lo hacemos también recordando al hermano de la solidaridad, lo hacemos recordando la irremplazable figura del Cardenal Raúl Silva Henríquez.